

ALMACÉN
DE FRUTOS LITERARIOS.



Semanario de Palma.

JUEVES 4 DE JULIO DE 1844.

Teatros.

Al César lo que es del César,
comedia en cuatro actos y en verso, original de D. TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.

Venganzas de un pecho noble,
comedia original en tres actos, en verso, por D. JOSÉ MARÍA HUICI.

Alfonso Munio,
tragedia en cuatro actos, de la señorita DOÑA GERTRÚDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Ejecutadas en los teatros de Madrid á mediados de junio último.

Sucédenos con el Sr. Rubí lo que suele á una amorosa madre con sus hijos: que al ir á reñirles por una falta cualquiera, cede el enojo ante el cariño. Rara ocasion nos presta el jóven y aventajado escritor para la censura, y entónces por mas que queremos ser rigurosos, cual en el caso presente, amamos tanto al poeta y al amigo, que apénas si acertamos á considerar la obra sobre la cual debe ejercer la crítica su dominio, sino otras mas antiguas, pero inolvidables por cierto. Lo mismo le pasó al público en la noche

del domingo último: seguramente no podía entusiasmarse con la nueva comedia; seguramente no merecía igual ovacion que la *Rueda de la fortuna* y *Bandera negra*; mas creyó que aun no se habia premiado bastante al autor de tan bellísimos dramas, y quiso añadir un laurel mas á su coronada frente; porque uno de los poetas realmente populares en España es sin duda Rubí. Pero si el afecto y la estimacion que le profesamos nos hacen no hallar frases con que formular nuestra censura, la alta idea que tenemos de su talento, debe movernos á ser exigentes y severos. La indulgencia, la blandura están reservadas para los ingenios mediocres, que ni merecen desden ni ferviente elogio tampoco.

La nueva producción dramática del Sr. Rubí está muy lejos de ser una buena comedia, como que no se distingue por su invencion, por su interes, ni por la novedad de su pensamiento moral, que primero que nadie lo concibió y desenvolvió Gorostiza en su *D. Dieguito*. En efecto, la marcha de la accion es la misma en una que en otra pieza; los personajes vienen á ser idénticos; los caracteres son con corta diferencia iguales, y la intriga se desenlaza á favor de resortes semejantes. ¿Y es posible que una imaginacion tan fecunda y tan privilegiada se haya contentado esta vez con presentar un asunto tratado ya, y no de palpitante actualidad por cierto, cuando le era dado crear una dignísima compañera de sus anteriores obras? A nuestros ojos *La Bruja de Lanjaron* y *Al César lo que es del César*, son las dos concepciones mas pálidas, ménos notables del jóven poeta que ya cuenta un número bastante crecido de ellas.

No se entienda ni imagine por eso que la composicion que juzgamos es indigna del Sr. Rubí; dótes tiene, y no escasas, que revelan la afortunada pluma á quien debe el ser. Hay languidez en la accion, pero esta se halla repartida con singular acierto, y conducida á su término con profunda habilidad; resiéatense todos los caracteres de indecision, y no hay ninguno como no sea el del brigadier, que esté bien determinado. Tampoco el interes es mucho, como que se prevee el resultado final y como que no hay ninguna figura que captive grandemente la atencion, ni á la que el público se aficionne desde luego. Por último, si el fin moral es de poca importancia, no es por eso trivial ni inoportuno.

La comedia no seria de quien es, si su diálogo no fuera chistoso sin chocarrería; suelto y fácil con naturalidad, asi como la versificacion rica, sonora y abundante.

La ejecucion ha sido una de las mas iguales que hemos visto en el teatro del Circo: la Sra. Valero está mas linda cuando souris que cuando llora; así los papeles que requieren gracia, ligereza y travesura le cuadran mucho mejor que los que exigen pasion, sentimiento, ironía. No haremos mas que nombrar á la Llorente, para evitarnos repetir los elogios que tantas veces la hemos prodigado. Distinguióse mucho el Sr. Valero en la parte que le estaba encomendada, é hizonos admirar la flexibilidad de su talento en un género en el que aun no le conocíamos. Su sono, su manera de decir, sus actitudes, hasta sus pasos, todo era propio del sexagenario brigadier. Tambien el señor Arjona nos dió una prueba mas de hasta dónde alcanzen sus felicísimas facultades, ostentando su soltura y su gracejo de siempre. El Sr. Cernadas tenia un papel de corto lucimiento: el Sr. Fabiani desempeñó el suyo con su inteligencia acostumbrada.

Venganzas de un pecho noble, es una comedia agradable, bien imaginada

y felizmente conducida á su término. El autor se propuso imitar en ella á nuestros grandes dramáticos del siglo XVII, y en especial á Calderon, el mas ideal de todos ellos, el sublime pintor de las costumbres caballerescas, el vate del honor, del amor, de la valentía y de la hermosura. Empresa temible y arriesgada era esta, y de ella ha salido con gloria el Sr. Huici, si bien, cual puede inferirse, su obra no es comparable con las del príncipe de los poetas españoles.

Conocidos son nuestros principios en punto á las composiciones dramáticas: sabido es que exijimos en ellas un fin moral ó un principio filosófico, que sean aplicables á la sociedad y á los tiempos en que vivimos. Bajo este punto de vista, la comedia que analizamos no nos satisface: es sin duda un lindo juguete, bien escrito, superiormente versificado, pero que nada dice á la inteligencia del hombre, que no ilustra su razon, y que tan solo divierte y recrea el ánimo algunos instantes. Nunca nos cansaremos de decirlo, ni de insistir sobre ello. En nuestro siglo han subido mucho de punto las exigencias del público, y por consecuencia tambien son mas graves los deberes de la crítica. No basta que se le distraiga á aquel, sino que es menester que al propio tiempo se le enseñe; no basta que se le halague, sino que perdida la impresion del momento, aun ha de quedar otra mas duradera y provechosa.

Ciertamente que nosotros tributamos un culto ciego, que raya casi en idolatria, á las admirables concepciones de Lope, de Tirso ó de Moreto; pero entre amar á estas lumbreras de nuestra literatura, y querer restaurar el género que ellos cultivaron, hay una distancia inmensa. Ellos retrataban los hábitos, los vicios, los caracteres, las pasiones de su época: nosotros debemos imitar su ejemplo haciendo lo propio con la que alcanzamos. ¿Habrá alguno bastante loco para pretender rivalizar con tan grandes modelos? ¿Habrá quien imagine oscurecer sus glorias? Ridículo intento fuera en verdad, y de no dudoso resultado ademas de esto.

No aludimos aquí ni por asomo al Sr. Huici, jóven estimable, y á quien felicitamos por esta produccion, escrita con el único propósito de pagar un tributo de respeto al genio de los que se la inspiraron: de este modo aceptamos sin dificultad su obra, y tiene á nuestros ojos mayor precio, porque revela que su autor conoce á fondo nuestro teatro antiguo, esa mina riquísima de ilustracion, esa fuente perenne de enseñanza. La marcha de la comedia, los resortes que la mueven y conducen, los caracteres, el lenguaje y hasta los chistes, todo está perfectamente imitado. Alguna palabra notamos demasiado moderna; algun giro vicioso, y á las veces cierta afectacion y amaneramiento en las frases: pero levísimas faltas son estas que no enturbian el raudal de bella poesía que brota por do quiera. El Sr. Huici manifiesta felices disposiciones, y á nosotros nos cumple alentarle para que prosiga por la senda que ha escogido, tan difícil y tan gloriosa.

La ejecucion, aparte la Sra. Diez y el Sr. Guzman, fué descuidada; notábase falta de ensayo; habia poca seguridad en todos, y quizás no grande fe en alguno; ademas, la señora Flores y el Sr. Diez, dos de los actores mas antipáticos que han pisado nunca en los teatros de Madrid, estaban encargados de dos papeles de importancia. Todas estas circunstancias estuvieron á punto de comprometer el éxito de la comedia, que por fortuna fué favorable.

Prisa teníamos de llegar á la última de las obras señaladas para este artículo, concepcion notable por mas de un concepto y á la que nos duele no consagrar, por la premura del tiempo, toda la atencion de que es digna;

peró ántes de ocuparnos de *Alfonso Munio*, digamos alguna cosa de dos incidentes materiales que ocurrieron la primera noche, y cuyas consecuencias pudieron ser fatales para la autora. El uno fué comenzarse la representacion tres cuartos de hora despues de la fijada en los carteles; púsose así á prueba el sufrimiento del público; provocóse de esta suerte su mal humor, y pudo ser víctima de él quien no tenia la menor culpa. Decíase que ocasionó este retardo, que tan dura reprobacion merece, el no tener el traje concluido una de las actrices: percances son estos que solo ocurren en los teatros de Madrid, que se evitan fácilmente y que deben siempre evitarse.

Concluida la tragedia pidióse con entusiasmo el nombre del autor, y ¡cosa nunca vista! el regidor que presidia y al que no conocemos, resistióse largo tiempo á satisfacer tan justa y tan natural peticion, escitando la ira de unos y la admiracion de todos! ¿Qué motivo plausible ó racional siquiera, provocaria tan inesperada resolucion? ¿Por qué causa queríase privar á la inspirada poetisa del galardón que habia merecido? Y en España, donde tan escaso es el premio de los autores dramáticos, en España donde tan desatendidos se hallan, aun se les quiere negar el único estímulo que los alienta, y que los hace perseverar en la árdua mision de moralizar é ilustrar al pueblo? Hasta á desmanes deplorables pudo dar origen la injusta resistencia que censuramos, la cual solo lograron vencer las reiteradas instancias de otras personas que ocupaban tambien el palco de la presidencia.

Cumplida ya esta parte desagradable de nuestro deber, entremos de lleno á examinar la tragedia de la señorita Avellaneda, que cual antes dijimos, es notable por mas de un motivo. En primer lugar distínguese por su innegable mérito, por ser la primera de su autora, y la primera asimismo que de una muger recordamos se haya estrenado en nuestros teatros.

La jóven y aventajada poetisa, á impulsos no mas de su talento, acometió una de las obras mas difíciles que pueden imaginarse en nuestros dias: la de escribir en un género que no ha sido nunca popular en España, que apenas se cultiva ademas, y para el cual contamos con poquísimos elementos.

La tragedia griega, con su sencillez primitiva, con su monotonía originaria, con su aridez en las formas, fué el campo que eligió la autora de *Alfonso Munio* para dar su primer paso en la carrera dramática, y forzoso es decirlo; el éxito mas feliz ha coronado su atrevido intento. La señorita Avellaneda ha resuelto un gravísimo problema: el de guardar los severos preceptos del drama de Esquilo y de Sófoles, dando al mismo tiempo novedad y vida á su cuadro, y sosteniendo el interes siempre.

Permitásenos notar de paso una coincidencia singular: en Paris la traducción de la *Antígona* de Sófoles, ha conmovido y arrebatado: aquí una composicion escrita con entera sujecion á las reglas aristotéticas, ha obtenido un triunfo brillante: mas de dos mil años há que fué escrita la tragedia del poeta griego, y sia embargo, ni ella ha envejecido, ni su escuela ha caducado. ¡Ante esta muestra espresiva no nos cumple mas que admirar la grandeza del genio, para el cual no hay edades, y que tiene el feliz privilegio de hacer parecer moderno aquello mismo cuyo origen remonta á los siglos mas lejanos!

Punto es tambien grave y árduo el de la eleccion de asunto para semejantes obras: ha de ser digno de la elevacion trágica: ha de prestarse á la lucha de las pasiones que constituyen esencialmente este género, y ha de estar en fin encarnado en algun suceso histórico, para que le dé mayor importancia y mas solemnidad, si se nos permite la frase: por eso *Alfonso Munio* puede co-

locarse sin temor á par de las composiciones mas acabadas: todas las cualidades que exigen de consuno la tragedia y el gusto público, todas las encierra y superabundantemente.

Hay novedad, hay elevacion, y sobre todo, hay interes en el argumento. La accion distribuida con acierto, ni es mucha ni poca en cada acto, y por consecuencia es bastante en el conjunto. Las figuras son severas, son dignas, son imponentes: la entonacion es siempre grave y enérgica: ni una sola vez decae, ni una sola vez la oscurece una locucion viciosa ó una palabra vulgar. Probemos á dar á nuestros lectores una sucinta idea de la tragedia.

Es una época gloriosa de nuestra historia: es el reinado de aquel gran monarca Alfonso VII, que se llamó emperador, y que coronóse como tal, primero en Leon, en Toledo mas tarde. Entónces, cuando las armas castellanas combatian doblemente el poder sarraceno, entónces, cuando el cetro de Castilla era fuerte y vigoroso, distinguíase cual general ilustre Alfonso Munio, padre feliz de una hija nombrada Fronilde, fiada al cuidado de la reina doña Berenguela, miéntras el noble adalid peleaba como un leon en los combates. La belleza, la inocencia de la jóven encienden una viva pasion en el alma del infante D. Sancho, de aquel mancebo generoso, al que llamaron los pueblos el *deseado*, y que solo ocupó el trono brevísimo tiempo; un año! No es parte para contener al príncipe en su aficion el hallarse concertado su enlace con doña Blanca, infanta de Navarra, para poner asi término á las disensiones que ensangrentaban ambos reinos. Y tanto conmueve con la pintura de su cariño el bondadoso corazon de su madre, tanto la obliga á interesarse por el objeto de él, que prométele la emperatriz darle por esposa á la que ama. Delirante entónces de placer y de ventura, vuela al aposento de Fronilde, introdúcese allí furtivamente, y dale parte de tan buenas nuevas. Mas ¡ay! que á la sazón llega Alfonso Munio, y creyendo á su hija deshonorada, juzgándola indigna de su clara estirpe, hunde en su puro seno la homicida espada. Y cuando ha vertido su propia sangre, cuando Fronilde yace pálida y fria en su marmórea tumba, entónces sabe y conoce su error funesto...

No es preciso ver con qué delicadeza están anudados estos breves sucesos, no es menester admirar el talento infinito con que se hallan bosquejados los personajes, para comprender como puede interesarse hasta el mas alto punto al espectador sin mas que esa fábula tan bella como sencilla; cómo es posible arrancar dolorosas lágrimas, y luego un gemido de espanto y de terror, al oír clavar el fatal acero en el pecho de la inocente doncella. ¿Y quién no se estremece, quién no tiembla mirando al parricida agoviado bajo el peso de su cruel hazaña? Alfonso Munio es grande á la manera de Bruto; con esa grandeza que afortunadamente ya no comprendemos, y que se resiste y choca con todos los principios de la humanidad y de la civilizacion.

Imagínese este asunto terrible y altamente dramático, revestido con todas las galas de una brillante y fascinadora poesía; imagínese decimos esa tristísima historia realzada por el estilo apasionado y vigoroso que es peculiar de todas las mugeres, y mas que ninguna de la señorita Avellaneda, y se formará una idea del efecto que ha debido causar en el público. Escenas hay, la de Sancho y Alfonso en el acto último entre otras, que herizan el cabello sobre la frente, que hielan la sangre en las venas y que bañan en sudor frio el rostro; otras en que se despiertan sentimientos mas dulces; ó en fin, que arrebatan, como aquella en que Alfonso narra su victoria sobre los moriscos. Todas las cuerdas del corazon humano, todas sabe herirlas con su propio tono la

inspirada poetisa : así conmueve como espanta ; así entusiasma como enajena. Y si pensamos que no se trasluce nunca la inesperienza de la que escribe por primera vez para el teatro , si advertimos el aplomo y la seguridad que ostenta , crece y aumentase nuestra admiracion , y el fundamento para estas desinteresadas alabanzas.

Luego cuando el público la llamó para prodigarla aplausos y coronas era bello mirar á aquella muger hermosa é interesante luchando entre su deseo de aceptar la gloria que tan legítimamente habia conquistado , y los instintos naturales de su sexo : era bello contemplarla tímida y agitada recibir aquel tributo envidiable , y no atreverse casi á aparecer ante tantos ojos que la devoraban con sus miradas. La Sra. Tablares , esa actriz tan jóven y tan graciosa , con una amabilidad que no sabemos encarecer , recogia las coronas , las flores para dárselas á la feliz autora , quien una vez quiso pagar esta galantería ciñendo una guirnalda sobre los negros cabellos de la artista.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto alguna muestra de la brillante versificacion de *Alfonso Munio* , que no escogemos en verdad , pues firmamos la eleccion al acaso. Hé aquí parte de la escena que hemos citado arriba entre D. Sancho y Munio : este es el que habla.

¡ Don Sancho de Castilla ! mis mayores
á los vuestros debieron esta prenda
de nobleza y valor , que conquistaron
á precio de magníficas proezas ,
y en la mano de Munio , el enemigo
jamás ociosa la encontró. Lo atestan
los campos de Almodóvar y Montelo ,
que allí publica su sangrienta arena
las hazañas ilustres , que aumentaron
de vuestros padres la copiosa herencia.
¡ Don Sancho de Castilla , vuestra gloria ,
vuestro inmenso poder debeis á ella !
prodigando mi sangre y abatiendo
de sienes altas la corona régia ,
el brillo de la vuestra esclarecia ,
y conquistaba espacio á su grandeza.

(Con amargo sarcasmo.)

Mas para vos ¿ qué valen de un vasallo
sacrificios heróicos?... los desprecia
vuestro gran corazon , y asaz dichoso
sin duda le juzgais , cuando de hefa
y de irrision os sirve. Porque el tedio
á que la larga ociosidad sujeta
vuestro ánimo real , molestia os causa ,
por inocente distraccion su afrenta
con noble arrojo coronais. Si lazos
sabeis tender á vírgen inesperta ,
si á una familia escarneceis que antigua
cual la nobleza la virtud conserva....
¿ qué mas necesitais?... ¡ Esa es la gloria !
¡ Así se estudia de reinar la ciencia !

(Con severidad.)

¡ D. Sancho de Castilla ! os engañasteis
si en mí pensasteis descargar la mengua
de vuestra torpe accion ! Esa deshonra
con que mis hechos vuestra mano premia,
recaerá sobre vos ; sobre vos solo
el peso del baldon y la vergüenza.

Distinciones que dieron vuestros padres
al súbdito leal , hoy las desecha
el ofendido caballero. Nada ,

nada deben valer ; pues no preservan
al que las mereció de ultrages viles ,
y vuestra ciega liviandad las huella.

Muy mas que recibí me habeis quitado ,
don Sancho de Castilla ; mas me restan
mi honor y lealtad , que á pesar vuestro
se apuran al crisol de las ofensas ,
y salen mas brillantes y mas puros...

¡ Oh ! bien teneis irrecusable prueba ;
pues yo respeto en vos la real corona ,
magüer que vuestros vicios la envilezcan.

En fin , véanse las sentidas palabras con que se despide el mismo Munio,
despues de saber cuán ciego y desatentado anduvo en su crimen.

Munio.

No así , D. Sancho , su dolor ostenta
un noble castellano. Sangre clama
la sangre de Fronilde..... ¡ sangre tenga !
Aplacar sus cenizas agitadas
no podemos lograr con culpas nuevas :
víctima del furor , desde la tumba
cordura manda y el furor reprueba.

(Con fuego.)

Si es necesaria sangre , que abundante
pueda lavar á un tiempo la imprudencia
de vuestro loco amor , y el negro crimen
de que fué , por mi mal , causa funesta ;
millares de enemigos nos provocan ,
y ya el clarin de los combates suena.

Junte el infiel sus belicosas tribus
y cubran ellas á la España entera ;
mi brazo caerá sobre sus haces ,
cual hoz aguda por la mies espesa.

Murallas no tendrá ni baluartes
que le defiendan de mi saña inmensa :
mares de sangre navegando el odio
hasta el confín postrero de la tierra
le irá acosando infatigable. ¡ Grato
será á mis ojos el estrago ! ¡ Bella
la matanza será !... Víctimas pide
el bárbaro dolor que en mí se ceba ,
y esta mano que mancha sangre ilustre

se ha de lavar en sangre sarracena!

(*Se adelanta al proscenio con exaltacion.*)

¡Gloria tendrás, Castilla! tus leones
sombra darán, si tienden sus melenas,
á lejanas comarcas. Con el riego
que prepara mi mano, la cosecha
de invictos héroes brotará abundante
tu suelo venturoso, y tu grandeza
sus hazañas harán tan dilatada
que nunca el sol en tus dominios muera.
¡Suene, suene el clarín! La lid terrible
ya tarda á mi furor. = ¡En paz te queda,
hija del corazón! y cuando alcances
el holocausto que tu tumba anhela,
un hueco en ella me concede pía,
para cubrir mi cuerpo y mi bandera! (*Váse.*)

La ejecucion ha sido buena generalmente: la Sra. Lamadrid mayor realzó un papel de escaso lucimiento: pocas veces hemos visto mas feliz y mas inspirada á su hermana. El carácter de Fronilde conviene perfectamente con todas sus cualidades teatrales: hasta la dulce voz de la linda Teodora sonaba mas clara esa noche en nuestros oídos. El Sr. Latorre mereció compartir su triunfo con la señorita Avellaneda, y fué llamado á la escena con sobrada justicia. Nunca le hemos visto ostentar mayor inteligencia, ni interpretar tan felizmente opuestos y encontrados afectos.

De hoy mas la autora de *Alfonso Munio* ocupará un sitio preferente entre nuestros primeros poetas dramáticos. (*Heraldo.*)



La necesidad de una buena educacion.

Del IMPARCIAL.

Nace el hombre, y el lloro anuncia su llegada al mundo; no conoce durante sus primeros años otro lenguaje para manifestar sus deseos y padecimientos; y el mismo usaria toda su vida, si hubiese de espresar debidamente las dolorosas impresiones que experimenta de continuo, y si no aprendiese con la educacion el fingimiento, y á llevar la sonrisa en los lábios y la muerte en el corazón.

Sí, la vida del hombre está cual una maleza sembrada de espinas, que á cada paso desgarran su alma. Las desgracias se suceden en sus dias como las ondas del mar, sin que las acompañe una satisfaccion que las endulce; y si esta llega, es tan leve y pasajera, que en cuanto se gusta ha desaparecido ya.

El hombre viene á padecer, y padecer es su destino durante su mansion en el mundo. Desde sus primeros instantes le amagan el hambre, la des-

nudez y otras necesidades, que le costará mil y mil afanes satisfacer: su frágil vida se ve de continuo amenazada, y es casi milagroso salvarla de tantos peligros. En su infancia se ve oprimido, esclavizado y atormentado muchas veces; adulto, á merced de las pasiones que le dominan y tiranizan, ó á un trabajo ímprobo que acaso acorte su existencia; y en la edad madura, víctima de los achaques, de las desgracias, quizá de los remordimientos que le produgieran juveniles errores. Pocas personas habrá exentas de estos sinsabores; y si alguna se halla tan afortunada que no la hayan alcanzado, ó tan prudente que haya sabido precaverlos, ahí tiene los elementos, que son tambien sus enemigos, y que no está en su poder el sugetar. El agua, el fuego destructor, las convulsiones de la tierra, las tempestades, la escasez y otras calamidades le darán á cada paso motivo de llanto y desconsuelo. La pérdida de las personas que ama, sus padecimientos, el continuo peligro de la propia existencia, y mil diversas causas tienen de continuo su alma anegada en amargura que en valde quisiera apartar de sí.

A pesar de tantas contrariedades, podria la vida del hombre ser aun dichosa; si hallase en sus semejantes el amor que le deben, y que de ellos tenia derecho á esperar, si no estuviesen dominados por las pasiones que pervierten el corazon. Pero, ¿qué es lo que encuentra en lugar de este amor que solo podria indemnizarle de las penas á que está sujeta la raza humana?... Indiferencia, mala voluntad, ódio, envidia y persecuciones.

Las naciones se arman unas contra otras por una insensata rivalidad, los hijos de una misma patria se degüellan por el nombre de una persona, ó por palabra cuyo significado ignoran, si es que significado tienen, y hasta los hijos de un mismo padre se persiguen, odian y disputan algunas monedas que, por muy necesarias que sean en el mundo, no pueden compensar la pérdida del amor fraternal y de la tranquilidad de conciencia.

Créese haber por fin alcanzado el siglo de la sabiduría; todo adelanta, todo prospera; pero las virtudes van en decadencia, las pasiones frenéticas todo lo avasallan, y nadie piensa en suavizarlas, y todos olvidan la mas interesante reforma, la del corazon del hombre. ¿Por qué al paso que se enseñan las ciencias á la tierna juventud, no se le enseña tambien la mas hermosa, la mas útil, la mas indispensable á la felicidad: la de vivir en buena armonía con todos los hombres, amarles y prestarles auxilio porque son sus hermanos? Ciencia la mas digna de atención, y por desgracia la mas descuidada, al paso que vemos consumirse la vida de uno y otro sabio tras descubrimientos que acaso nunca alcanzarán, y que no harian al hombre mejor ni mas feliz!

¡Oh hombres! Vosotros que sufrís á cada momento los funestos efectos del desamor de vuestros hermanos, cuyas faltas pesan sobre vosotros como las vuestras sobre ellos, ¿por qué no procurais librar las generaciones venideras de la calamidad que mas os abruma, dando á vuestros hijos una educacion que tenga por primer objeto enseñarles las virtudes domésticas y sociales, que tanto han de influir con el tiempo en su bienestar, y en el de sus semejantes? Esta educacion debe alcanzar desde la mas elevada hasta la mas humilde clase, porque todas necesitan igualmente la bondad de corazon, la dulzura de carácter, la morigeracion de costumbres para contribuir á la general felicidad.

Y vosotras, mugeres, no os contenteis ya mas con ser el adorno de la sociedad: á mas elevada mision estais destinadas sobre la tierra; ocupad al fin el lugar que en ella os corresponde, y no os sujetéis al sistema de ignorancia

á que injustamente se os condenara. A vosotras mas directamente corresponde la regeneracion moral del género humano. Vosotras enseñais al hombre á pronunciar las primeras palabras: vosotras sosteneis sus pasos vacilantes; vosotras desarrollais sus primeras ideas, y gravais en su corazon naciente las semillas del bien ó del mal.

El hombre perjudica á los demas no solo por interes, sino tambien por gusto y por venganza de ofensas que acaso han existido solo en su imaginacion; y asi vemos al vecino delatar y perder á su vecino, al amigo burlar y vender á su amigo, padres abandonar al hijo á su desgraciada suerte, hijos ingratos amargar los dias de sus ancianos padres, de quienes deberian ser consueño y apoyo; esposos despreciar y oprimir por mero capricho á una consorte virtuosa, que, para hacerla feliz les habia sido concedida, y en fin á los hombres todos, alternativamente opresores y oprimidos, labrar con la propia la agena desventura.

May distinto objeto reuniera el hombre en sociedad. El hombre que convencido de su debilidad buscó en ella auxilio en la compañía de sus semejantes, no debió imaginar que á ellos deberia mayores peligros que aquellos que intentaba evitar. ¡Triste, pero evidente verdad! Ya nada son las catástrofes causadas por los elementos, los estragos de las fieras, los trastornos de la naturaleza, comparados á las desgracias que emanan de los mismos mortales. El alma sensible se pasma á vista de cuadro tan consolador, y no acaba de comprender por que se han de mirar como enemigos los que deben amarse y socorrerse en sus contratiempos, por que se ha de estar como aislado entre tantos vivientes, y por que el que se entrega de buena fe á las mas tiernas afecciones ha de recibir amargos desengaños, y rara vez una sincera correspondencia. ¡Ah! no es lo peor que asi suceda, sino que se mira esto con tanta indiferencia, como si fuera una cosa natural, y no se procura el remedio.

Sí, la educacion del hombre empieza desde el momento en que nace, y fácil es entónces amoldar su alma á la virtud, pero ¡ay si perdidos los primeros años, llega á tomar opuesto rumbo! ¿Y quién mejor que una madre puede evitarlo? Una madre, cuyas palabras escucha la tierna infancia como de un oráculo. Ella sola puede infundirle el verdadero amor de sus semejantes, y aquel tan olvidado como hermoso principio: *no hagas á otro lo que no quieras para ti.*

A la muger toca formar el corazon virtuoso del niño, y guiar despues el del hombre, que siempre será lo que á la muger plazca que sea, porque su primer anhelo es agradarla. Pero, ¿cómo cumplirá la muger con tan grave deber, si su ignorancia no le permite conocer los defectos del niño que tiene á su cuidado, ni sabe que medios debe adoptar para corregirlos? Instrúyanse las mugeres, y los hombres serán tambien mas instruidos; así como se les ve afeminarse y entregarse á las mas ridículas fruslerías, cuando este es el gusto de la muger. Interes de la muger es el procurarse la conveniente instruccion, para obtener la consideracion á que es acreedora. Fuerte es el imperio que la da la hermosura, mas algunas veces lo ve destruido aun ántes que esta llegue á desaparecer.

Una á la hermosura el saber y no tema los embates del tiempo ni accidente alguno. Con la instruccion se hará mas apreciable y feliz, podrá cumplir mejor con la mas importante de sus obligaciones, cual es la educacion de sus hijos, y la sociedad toda le deberá su dicha. El hombre creeria tal vez, instruyendo á la muger, perder una parte del dominio que ejerce, y de que

está celoso; mas, aunque así fuese, debería hacer este sacrificio en obsequio de la verdadera civilización, y del bien general en que tanto puede influir la educación de la mujer.

MARÍA J. T.

POESÍA.

Con el mayor placer insertamos en el *Heraldo* la siguiente oda al sitio y bombardeo de Sevilla, composición de nuestro amigo el Sr. D. José Lorenzo Figueroa, nombre bien conocido de todos los amantes de la literatura española; su joven autor la ha dedicado al digno Sr. D. Manuel Lopez Cepero, individuo que fué de la junta de Sevilla, y uno de los respetables patricios que mas han contribuido al triunfo de la causa de la Reina y del país.

ODA.

*Hurté del tiempo aquesta breve suma
Tomando ora la espada, ora la pluma.*

GARCILASO.

*Dad orejas, Señor, á lo que digo
Que soy de parte dello buen testigo.*

ERCILLA.

Ya que el fiero estampido
Cesó del bronco obus de horror preñado,
Y al doliente gemido
Sucede repetido
Cántico por los aires dilatado;
Ya que de las latinas
Morallas que defienden tu arrogancia
Recuerdan las ruinas
Las glorias Saguntinas,
Las torres abrasadas de Numancia;
Ya que te dió la suerte
No solo de las ciencias el tesoro
Sino el ànimo faerte
Para buscar la muerte,
Y de la guerra el lauro envuelto en lloro;
Celebre tu victoria
Y tus ilustres hechos, ó Sevilla,

Mi canto, y tu memoria
 Trasmítan à la historia
 Cuantos del Bétis vió nacer la orilla.

Ay! al ver destruidos
 Esos templos, alcàzares y almenas,
 Y los muros rompídos
 Por César contruidos
 Y las plazas de horror y escombros llenas;
 Y despues recordando
 Las florecientes fábricas el fuego
 De Barcino abrasando;
 Deshecha estoy mirando
 La nube que me tuvo en error ciego.

Ya sé por qué al Tridente
 Britano debió el cetro el ambicioso:
 Para ahogar inclemente
 Nuestra industria naciente
 En las aguas del Tàmesis ondoso.

Ah! tal vez la estrangera
 Mano à Sevilla arroja la inflamada
 Bombarda y su bandera
 Quiere alzar altanera
 En la ántes libre Gades tan trocada!

Tal vez la codiciosa
 Y émula de su gloria, isla Britana,
 Enciende sanguinosa
 Guerra en España, ansiosa
 De sus puertos del Africa y la Habana.

Pero no, que al sangriento
 Combate se apercibe la esforzada
 Sevilla, y al eruento
 Sitiador, ya sediento
 De sangre y oro, doma con la espada.

Fuego arroja la fuerte
 Torre y llamas y hierro la encendida
 Almena, luto y muerte
 Y estragos son la suerte
 Infausta à su braveza no rendida.

Huye despavorido
 El traídor si à los muros se adelanta;
 Revuelve enfurecido,
 Y otra vez repelido,
 Tanta bravura y tal furor le espanta.

Con la bombarda el duelo
 Y el luto y los horrores nos envia:
 De muertos cubre el suelo
 Su saña, y roba al Cielo

Nube de polvo y humo el sol del día.

Aun, héroes, estoy viendo

Vuestra constancia impàvida y serena;

Aun en horrible estruendo

¡Ay! desplomarse ardiendo

Templos y hogar y fábrica agarena.

Aun se escucha el doliente

Gemido de los míseros ancianos;

Aun al niño inocente

Morir al hierro ardiente

De los que son verdugos siendo hermanos.

Por tierra derribado

Aquí se mira un templo, allí la hoguera

Devora el tresdoblado

Muro, y allá postrado

Es solo escombros el que alcázar era.

Cual ántes no se oía

De las esposas del Señor el coro,

En tan lúgubre día

La impiedad añadía

A su hambre y su miseria espanto y lloro.

Yo las ví desoladas

Del sitiador huyendo la crudeza,

Y sus dulces moradas

Jamas abandonadas

Ay! ni por sus dolores, ni pobreza,

Entre escombros, temblando

Y la imágen divina al alto cielo

Del Redentor alzando,

Las ví pasar, llorando

Las tristes desventuras de este suelo.

Y en tanto rebentaban

Las bombas con estruendo y los clamores

Las víctimas alzaban.

¡O mónstruo! y no bastaban

Tu venganza à saciar tantos horrores!

¿Por qué el clarín guerrero

No llamó á combatir tu hueste airada?

¿Por qué del torpe y fiero

Rencor y duro acero

No vino á pelear tu diestra armada?

¡El combate temias,

Y con fuego traidor dabas la muerte

Que léjos prevenias!

¡Cómo tirano huías

Del indignado pueblo el hierro fuerte!

¡Oh villana flaqueza

Por los hijos del Cid nunca sentida!
 ¿Dónde está la grandeza,
 España, y la braveza
 De tu hueste del mundo tan temida?
 ¡Ya solo crueldades
 Ejerce fiera y de valor desnuda!
 ¡Y convierte ciudades
 En vastas soledades!
 ¿Qué voz la mueve pérfida y sañuda?
 Mirad al triste anciano
 Que el tardo y débil pie mueve con pena,
 Aliento sobrehumano
 Sentir y al inhumano
 Atila provocar desde la Almena.
 Ved cual deshecha en llanto
 La desolada y mísera viuda
 Venganza al cielo santo
 Pide, y de horror y espanto
 Por las desiertas calles vaga muda.
 Y mas allá al valiente
 Guerrero alegre niño dá la lanza
 Y casco refulgente;
 Y rie el inocente
 Que no sabe que hay guerras, ni matanza.
 Frutos de sus amores
 La madre sus dos hijos pide al cielo.
 Que entre escombros y horrores
 Yacen juntos, cual flores
 De un mismo tronco yertas en el suelo.
 La vírgen, la madeja
 Suelta de sus cabellos, y las manos
 Tintas en sangre, deja
 Con triste llanto y queja
 El hogar donde espiran sus hermanos.
 ¡Infeliz! exclamaba,
 ¡Cuantos amé en el mundo perecieron
 Y el hogar dó moraba
 Y hasta el templo en que oraba!
 ¡Y á mí para llorarlos me eligieron!
 Silencio horrible y muda
 Asolacion sucede al alegría:
 De navés se desnuda
 La ribera que escuda
 Hórrido obús ardiendo noche y dia.
 Y nada la constancia
 Abate en nuestros pechos esforzados:
 Recordais que á la Francia

Quebràsteis la arrogancia
 De Bailen en los campos celebrados.
 ¡O envidiable proeza!
 ¡O mónstruo de valor! ó maravilla
 De entusiasmo y grandeza!
 ¡O nunca vista alteza
 De gloria y de virtudes! ó Sevilla!
 Al traidor pone espanto
 Tan digna y valerosa y noble hazaña:
 De rabia asoma el llanto
 A sus ojos y en tanto
 Tu triunfo llena al ámbito de España.
 El cañon enmudece
 El trueno ya algun tiempo interrumpido;
 El muro no guarnece
 Desierto, ni ensordece
 Los aires de la bomba el estallido.
 Vedlos huir: de oscura
 Sombra la fiera hueste va cubriendo
 La noche; en la espesura
 Vecina se apresura
 A esconderse y al mar se acerca huyendo.
 Y aquel que la engañada
 Muchedumbre subió con gozo al trono,
 Por la sombra callada
 Se desliza y la espada
 Se niega á su ambicion y negro encono.
 Que el Dios amparo y guia
 De los hombres, el Dios que manda el trueno
 Y la noche y el dia;
 El Dios que el aura envia,
 Y remueve del mar el hondo seno;
 Desde el sòlio en que mora
 Al que mató previene hierro agudo,
 Y señala la hora
 A la ambicion traidora
 Y es de pueblos y reyes firme escudo.
 Por eso abandono,
 Solo ya, sin cortejo, ni esperanza,
 El cielo le ha negado
 Hasta el placer gustado:
 Por él ya tantas veces, la venganza.
 Por eso la alta sierra,
 La vega y todo el suelo castellano
 Le mueven cruda guerra:
 Solo un palmo de tierra
 Le queda que circuye el Oceano.

Allí en endeble pino
 Oculta el miserable su tesoro:
 Entrega al viento el lino
 Y á merced del destino
 Huye cual mercader con joyas y oro.
 ¿Sus huestes dónde huyeron?
 ¿Sus amigos y fieles defensores,
 Dónde están? qué se hicieron?
 ¿En su ejemplo aprendieron
 La pérfida lección de ser traidores!
 ¡Gloria á tí la animosa
 Ciudad de tantas héroes, gran Sevilla,
 Que de lauros ansiosa
 Alzaste la orgullosa
 Enseña no vencida de Castilla!
 ¡Gloria á tí que pusiste
 Al fiero usurpador en vil derrota,
 Y el cetro le rompiste,
 Y huyendo le tragiste
 Del trono hasta la playa mas remota!
 ¡Gloria á tí que la amiga
 Sangre del pueblo inerme derramada
 Con la sangre enemiga
 Borraste, que castiga
 La torpe injuria en noble lid vengada!
 ¡Y á tí defensa, escudo
 De la *invicta* ciudad, noble guerrero,
 Cuyo aliento no pudo
 El ímpetu sañudo
 Templar del sitiador cobarde y fiero,
 ¿Qué suerte venturosa
 Te traje de las playas de Barcino
 A la ribera hermosa
 Que hiciste tan famosa
 Con triunfo de Gonzalo y Vargas dino?
 ¿Quién tu preciosa vida
 De nuestros hijos, tálamos y hogares,
 Destinó á ser la egida?
 ¿Qué nave bendecida
 Te abrió paso en las ondas de los mares?
 Tan insigne victoria
 Las de Vivar emule y oscurezca,
 Y á los siglos la historia
 Trasmita su memoria
 Y en bronce duro y mármoles la ofrezca.